

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
os, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. G. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

CARTA PASTORAL DEL SEÑOR OBISPO DE LUGO

SOBRE LA OCUPACION DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS.

A nuestros muy amados hijos el Dean y Cabildo de
nuestra Santa Iglesia, Clero y fieles de la diócesis,
salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis
fontem lacrymarum? Et plorabo die nocte.... ¿Quién
dará agua á nuestra cabeza y á nuestros ojos una
fuente de lágrimas para llorar día y noche los ma-
les que aquejan á la hija de Sion? Amados hijos:
¡Principes provinciarum facta est sub tributo! La hi-
ja del Príncipe, la que por su carácter y dignidad es
libre é independiente, ha sido hecha tributaria de
los mismos que deben rendirle el homenaje de res-
peto, de amor y de veneración. La ciudad de Roma,
la hoy más que nunca verdaderamente ciudad del
orbe, porque en toda la redondez del orbe en donde
hay católicos, tiene hijos que la miran como madre;
Roma, la metrópoli del Catolicismo, en donde están
los intereses más preciados de los católicos; la corte
y residencia del Pastor universal, del rebaño de Je-
sucristo, del Pontífice y Sumo Sacerdote de la ley
de gracia, del Vicario y legítimo representante del
mismo Cristo, y Cabeza visible de su Iglesia; Ro-
ma, en donde está la verdadera piscina probática,
cuyas aguas de gracias curan las dolencias, y reme-
dian las necesidades espirituales de todos los que nos
gloriamos de ser miembros de ese cuerpo místico,
ha sido invadida por la fuerza y tropas del rey del
Piamonte, y arrancada violentamente á su legítimo
dueño y Señor, el Papa.

Años hace que una revolución ambiciosa é impia,
pero más impia que ambiciosa, tenía puestos sus
ojos en Roma, y venía codiciando su posesión; y si
antes de ahora no realizó sus proyectos, no era por-
que hubiese renunciado á ellos, así como tampoco
ha renunciado á la destrucción de omnium dictum
Deus, aut colitur, de todo cuanto dice ó tiene rela-
ción con Dios, su Iglesia ó su Religión.

No satisfecho el rey del Piamonte con haber arre-
batado al Papa rey, la mayor y mejor parte de sus
Estados pontificios, reduciéndole á vivir de la li-
mosna que la piedad y el amor de sus hijos le viene
suministrando ya hace años, violando hoy solemnes
tratados, y hollando los más sagrados derechos, ha
puesto el colmo á la iniquidad apoderándose de la
ciudad eterna, que pertenece y debe pertenecer al
Papa, y solo al Papa por ser Papa, para poder desde
ella, y sentado en la silla que le dejó San Pedro, di-
rigir libremente, sin trabas de ninguna especie, su
palabra de autoridad y de verdad á todos sus hijos.

Abyssus abyssum invocat, un abismo lleva á otro
abismo. Era poco cometer un robo; porque robo es
tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y este
robo lo había cometido el rey del Piamonte apode-
rándose del patrimonio de San Pedro. Herido con
los rayos de la Iglesia como ladrón sacrilego, ha
permitido Dios que su corazón se endurezca, como
el de Faraón, y que sus ojos se cieguen para no ver
el mal, el abismo en que se ha precipitado con este
último acto de usurpación y despojo.

Días de amargura y de tribulación han venido so-
bre nuestro Santísimo Padre y sobre toda la Iglesia;
porque cosa muy natural es que los males que su-
fre la cabeza afecten á todo el cuerpo, que vive por
la cabeza y de ella recibe el espíritu.

Nos, que hace pocos meses hemos tenido la dicha
de ver al Soberano Pontífice como en los días de su
mayor gloria, rodeado de 700 Obispos, en cuyos
semblantes se reflejaba la alegría y gozo espiritual
de que estaba inundada aquella alma grande, sola
ella capaz de acometer la colosal empresa de cele-
brar un Concilio ecuménico en la segunda mitad del
siglo XIX para herir con los rayos del cielo al error
dominante de la época; Nos que hemos visto á aque-
llos dignísimos Padres doblar sus venerables cabe-
zas, y hemos tenido también la honra de doblar la
nuestra en su presencia, reconociéndole como Obis-
po de los Obispos, Pastor de los Pastores y Padre
de los Padres, sucesor de San Pedro y Vicario de
Jesucristo; Nos, que hemos oído de su boca, orá-
culo del Espíritu Santo, una palabra, una
verdad que ha llenado de gozo á la Iglesia Católi-
ca, y ha confundido al infierno; Nos, que en el es-
pacio de ocho meses hemos oído y presenciado las
más sinceras, espontáneas y cordiales aclamaciones
de un pueblo inmenso al Pontífice Rey, al inmortal
Pío IX, al Príncipe más amante de sus súbditos, y
más benévolo con sus enemigos, á quienes ama in
visceribus Jesu Christi, en las entrañas de Jesucristo,
y por cuyas almas daría todas sus cosas, y se daría
á sí mismo, aun cuando una triste experiencia le ha
enseñado que quanto plus eos diligit minus diligitur,
es mal correspondido su amor y su bondad; Nos
que hemos sido honrados en las audiencias que nos
ha concedido en las dos épocas que estuvimos
en Roma, con palabras y testimonios de afecto á
nuestra persona y para nuestra diócesis; Nos que
tantos motivos tenemos para amar á nuestro Beatísi-
mo Padre, y para excitarnos y excitar á todos á an-
te, al leer ahora en los papeles públicos los tristes
acontecimientos que han tenido lugar en su presen-
cia, la violencia cometida á su ciudad, y los daños
materiales en ella causados por las armas destruc-
toras de la guerra; la dispersión de sus fieles tropas,
la persecución á cuanto le pertenece, las impreca-
ciones y amenazas dirigidas contra su sagrada Per-
sona, su dignidad y representación, no podemos
menos de afligirnos sobremanera al ver quanta ma-
lignitas est inimicus in Sancto, cuanto ira ha vomit-
ado el infierno contra el ungido Señor.

Percutit Pastorem, et dispergentur oves gregis pa-
reque ha dicho el príncipe del averno á sus mi-
nistros: hiere al Pastor y se dispersará el rebaño;
despoja al Pontífice de la independencia temporal
para que no la tenga tampoco en lo espiritual.

Amados hijos: escrito está con caracteres indele-
bles: colum et terra transibunt, verba autem mea
non proteribunt el cielo y la tierra pasarán, mas la
palabra de Dios no faltará. Diez y nueve siglos
cuenta de vida la Iglesia fundada por Jesucristo
sobre el fundamento de los apóstoles, diez y nueve
siglos de luchas. En los tres primeros podemos decir
que á imitación de su Divino Fundador, mortem
moriendo destruxit, del circo en donde eran arrojados
á las fieras sus Pontífices, y de aquella arena regada
con la sangre de sus hijos salió una numerosa gene-
ración de creyentes, con la cual la Iglesia, que se
pretendía ahogar y extinguir en su nacimiento, se
levantaba más lozana y robusta, dispuesta á librar
cuantas batallas se le presentasen; y sin mas armas
que el escudo de la fe, y la espada de la caridad lo-
gró dar muerte á la idolatría.

Despojado el infierno de esta arma poderosa, em-
brazó la arteria del error, y con ella declaró guerra
abierta á la verdad. Por algún tiempo sus ministros
consiguieron rasgar la túnica inconsutil de Cristo,
arrancar algunas ramas del árbol de su Iglesia; ran-
das estériles, que estaban destinadas al fuego; mas
el árbol conservó su savia, su vigor y lozanía con
toda su fecundidad, mientras el error, cambiando de
formas á cada paso, y herido en todas ellas por los
esplendentes rayos que despidió el sol de la verdad,
cuyo foco es Roma, ha tenido que huir avergonzado
de sí mismo, á tejér nuevo ropaje con que cubrirse
para seducir, si pudiese aún, á los escogidos.

La Iglesia no morirá, hagan cuantos esfuerzos
quieran sus enemigos. Padecerá tribulaciones, como
la que al presente padece en su Cabeza; sufrirá per-
secuciones, como hoy las sufre en casi todos los paí-
ses del mundo; se verá abandonada de los poderosos
del siglo, como hoy lo está el Soberano Pontífice,
sin que haya siquiera un reino, ni de los que se llaman
católicos ó cristianismos que vuelva por él, y salga á
la defensa de los intereses de la cristiandad; pero
subsistirá hasta la consumación de los siglos.

La piedra sobre que está edificada es firme y esta-
ble, si algún insensato y soberbio pretendiese dar
contra ella, se hará pedruzcos, y ¡ay! de aquel á quien
á quien la piedra hiriese, porque será destruido.

Todo esto es una verdad atestiguada y confirmada
en la historia del pasado, que al propio tiempo que
sirve para alentar á los tímidos y débiles en la fe, es
como una luz que ilumina á todo hombre que viene
á este mundo, con lo cual los que no sean ciegos vo-
luntarios pueden ver que allí donde está la insensa-
ta pretensión de Satanás, está también la oración
siempre acepta del Hijo de Dios para frustrar los es-
fuerzos del infierno.

Mas no obstante que reposita est hec spes mea in
sinu meo, sabemos que la Iglesia ha de triunfar de
todos sus enemigos, no podemos dejar de sentir y la-
mentarnos en los días de su tribulación, por lo que
padece todos sus miembros, por los males que se la
ocasionan, y lo que es más de llorar, por lo que á
Dios se ofende y las almas que se pierden.

Nos volvemos la vista á nuestro Santísimo Padre y
le contemplamos, en medio de aquella inalterable
tranquilidad de espíritu que el cielo le ha concedido
en todos los acontecimientos de su trabajo Pontifi-
cado, con el corazón traspasado de dolor, y el alma
anegada en amargura, más que por los males que á
su persona puedan ocasionarle sus enemigos, por los
que se han de seguir á sus hijos, á la Iglesia en ge-
neral, y á Roma, su ciudad tan amada.

En efecto, amados hijos, ocupada Roma por un
ejército de 60,000 hombres después de una peque-
ña resistencia de parte de las tropas de la Santa Se-
de, más que de protesta de la violencia que se hacía
al Romano Pontífice, que como defensa de una plaza
cuya extensión no puede defenderse con reducido
número de soldados; invadida la ciudad y corte del
Romano Pontífice por el ejército del rey del Piamonte
y por una horda numerosísima de gentes, al
decir de los papeles públicos, la hez de otras na-
ciones, sin Dios, sin ley, y sin freno, quién podrá con-
tar ni oír con ojos enojos los desórdenes y excesos
de todo género con que unos y otros inauguraron su
entrada en la Ciudad Santa? Robos y saqueos, insul-
tos, atropellos, asesinatos de personas indefensas é
inofensibles, de fieles súbditos del Papa, y de minis-
tros de la religión, blasfemias execrables y profana-
ciones de lugares santos hasta ahora y siempre mi-
rados con respetuosa veneración por los propios y los
extraños. Tales han sido los primeros frutos que los
nuevos señores de Roma han dado á un pueblo que
no les pertenece ni los quiere.

Circunscrito hoy el Padre Santo á su palacio y
rodeado por todas partes de enemigos, oyendo con
demasiada frecuencia á los sicarios horribles blasfe-
mas contra Dios, y funestos mueras á su Cristo pa-
sará días bien amargos y noches tristísimas, y po-
drá repetir con el profeta Jeremías: Ego plorans, et
oculus meus deducens lacrymas; facti sunt flui mei
perditi, quoniam invaluit inimicus. Yo lloro y mis
ojos derraman lágrimas; prevaleció el enemigo y

mis hijos todos perecieron. Situado en su palacio,
vigilado por los que se han constituido sus carceleros,
interceptada y hasta escudriñada su correspon-
dencia, según se queja la Santidad misma, que es
la mayor y la más tiránica y escandalosa de las vi-
olaciones, ¿cómo ha de comunicarse con la Iglesia es-
parcida por todo el mundo? Su voz, que debe ser la
primera de protesta, reprobación y anatema á la
usurpación y atropello de que es víctima, ¿cómo ha
de salvar el muro de bayonetas que le estrecha, pa-
ra llegar á todos sus hijos, á fin de que todos sepa-
mos las aperturas en que se halla, y compadecién-
dole le ayudemos á sentir las penas que experimenta,
y ya que otra cosa no nos sea dado, con nuestras
manos levantadas al cielo imploremos las misericor-
dias del Señor para él, pidiendo sin intermisión
quiera librarle del furor de sus enemigos? ¿Cómo
podrá remediar nuestras multiplicadas necesidades
espirituales sin los medios y recursos y aun la liber-
tad que ha menester? Del Oriente y del Occidente,
del Septentrion y del Mediodía, de las islas que están
cerca y de las más lejanas, los católicos de todas
partes acudimos como hijos á nuestro Padre, ¿quién
podrá acercarse á él si está custodiado por los mis-
mos que le niegan la obediencia, el respeto y el amor?

Si hoy que está prisionero en la forma y rigor que
lo estuvieron sus predecesores Pío VI y Pío VII, de
temer es que al ver el usurpador que su víctima no
satisface sus injustas y sacrilegas pretensiones, los
miramientos que hoy hipócritamente hace se le guar-
den, se conviertan en abierta persecución á su sa-
grada persona y desprecio de su augusta dignidad.
¿Y si nuestro Santísimo Padre es forzado á dejar á
Roma, á salir de su Palacio, á huir para ahorrarse á
su tirano el horrendo crimen de un sacrilego parricidio,
¿dónde irá á fijar sus plantas el ilustre fugi-
tivo? En una ocasión decía Jesús, de quien es Vica-
rio y representante el Papa, á uno que quería se-
guirle, las raposas tienen cuevas donde guarecerse,
y las aves nidos donde albergar sus polluelos, mas
el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabe-
za. Otro tanto puede decir hoy con el corazón an-
gustado nuestro Santísimo Padre.

Los príncipes y poderosos de la tierra que antes
se llamaban sus hijos y le eran amigos, facti sunt
inimici; las naciones que algún tiempo le protegían
cubriéndole con su pabellón, elongate sunt. No hay
en la Europa un Estado que con fe y amor le abra
sus puertas, y lo reciba como un buen hijo recibe á
su padre abandonado y perseguido por otros hijos
ingratos y rebeldes. ¿Qué desconsuelo este para nues-
tro amantísimo Padre! y ¿cómo podremos ser extra-
ños todos los católicos á su aflicción?

S. S., al tener conocimiento de la proximidad á
Roma del ejército invasor, después de haber dicho
con entereza apostólica al soberano del Piamonte que
le pedía la única que le cubre, á Roma y lo poco
que en su primera jornada de usurpaciones le de-
jara, el solemne non possumus, que salva su con-
ciencia y el derecho del Pontificado á su poder tem-
poral, previendo los males gravísimos que se habían
de seguir de la ocupación de Roma, no solo á la ciu-
dad, sino á la cristiandad toda, dispuso se hiciese un
triduo de oraciones públicas para implorar la miseri-
cordia del Señor en favor de la Iglesia y de su ciu-
dad tan amenazada. Siguiendo Nos este sábio ejem-
plo, y conociendo que hoy más que nunca debemos
multiplicar nuestras oraciones y pedir al Señor Dios
de los ejércitos quiera levantarse en defensa de su
propia causa y frustrar los proyectos de sus enemi-
gos; porque enemigos suyos son los que persiguen á
su Vicario, atentan contra la Iglesia y se esfuerzan
por destruir su religión y borrar su nombre de so-
bre la faz de la tierra; hemos determinado cele-
brar un triduo de solemnes rogativas en esta nuestra
Santa Iglesia por la libertad é independencia de toda
fuerza armada, de nuestro santísimo Padre y de la
ciudad de Roma.

Y porque una de las condiciones de la buena ora-
ción es la perseverancia, y el Señor aunque ha em-
peñado su palabra diciéndonos: pedid y recibiréis, llama-
ma y se os abrirá; no ha limitado las veces que ho-
mos de orar y pedir, antes bien, por boca de San
Pablo nos dice: sine intermissione orate, orad sin in-
terrupción; y además sabemos que cuando el pri-
mer Pontífice San Pedro, de quien es legítimo suce-
sor Pío IX, fué preso en una cárcel por mandato de
Herodes, y se hallaba atado con dos cadenas entre
dos soldados que no le perdían de vista, y bajo tres
puertas, una de ellas de hierro, oratio fiebat sine in-
termissione ab Ecclesia ad Deum pro eo la Iglesia, es-
to es, los fieles, hacían sin cesar oración á Dios por
él; y mientras un Angel presentaba ante el trono
del Altísimo estas fervorosas y continuas oraciones,
otro Angel le sacaba de la cárcel libre de las cade-
nas, por entre los soldados que de inmediato le cus-
todiaban y los que le guardaban las puertas, y lo
restituía á la comunidad de los fieles de Jerusalén,
que se hallaban sumamente afligidos por la tribula-
ción de su cabeza, como lo estamos hoy todos los
verdaderos fieles, mandamos que después de todas
las Misas, así rezadas como cantadas, hasta que se-
pamos, y tengamos el gozo de comunicarnos la eua-
ngelización de Roma de las tropas enemigas, y el res-
tauramiento del Soberano Pontífice en el pleno,
libre y expedito ejercicio de sus derechos é indepen-
dencia, se rece por el Sacerdote que celebre la Misa
puesto de rodillas delante del altar y en voz intelli-
gible para que puedan responder los oyentes, tres
Ave-Marias á honra y gloria de la Santísima Virgen,
y un Padre nuestro al Arcángel San Miguel, defen-
sor de la Iglesia y protector especial de la ciudad
de Roma; por cuyas oraciones concedemos cuarenta
días de indulgencias. A más de esto, y de los tres
días de rogativa que á imitación de las que se harán

en la Santa Iglesia, se tendrán en las parroquias
rurales en tres días festivos para que el pueblo pue-
da concurrir á ellas, (en las parroquias de esta ciu-
dad y de las villas de Monforte y Sarria en que la
población está aglomerada se harán en tres días se-
guidos) encargamos á todos nuestros amados hijos
que en sus oraciones y devociones privadas añadan
alguna particular, según su piedad les sugiera, por
santos fines que dejamos indicado.

Amados hijos, causa comunis est; la causa es
común, interesa á todos los católicos: es la causa de
la Religión, porque no hay Religión católica sin
Iglesia católica, y no hay Iglesia católica sin Pape
sucesor de San Pedro, y Vicario de Jesucristo,
que es el fundador de la Religión. Todos, pues,
debemos tomar parte y mirarla con interés, por-
que á todos nos hieren los golpes que se dan á nues-
tra cabeza. La tribulación es grande, sea también
grande nuestra solicitud para procurar el alivio,
pidiendo al Señor abrevie los días de prueba, haga
cesar la tempestad que agita la navecilla de San
Pedro, proteja con el poder de su diestra al piloto
que la gobierna conservándola, vivificándola, liber-
tándola de las manos de sus enemigos, y otorgán-
dole por último la dicha de introducir á todos los
que con él navegan, y á cuantos á él acuden como
á verdadera barca de salvación, en el puerto desca-
do de la felicidad eterna.

Entretanto y como testimonio de nuestro amor
para con todos, amados hijos, recibid nuestra ben-
dición pastoral, que os damos en el nombre del
Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Palacio Episcopal de Lugo á quince de Octubre
de mil ochocientos setenta.—José, Obispo de
Lugo.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi Señor,
Toribio Carrasco Baquero, Canónigo Secretario.

PARTE EXTRANJERA.

En una carta que publica La Epoca encontramos
los siguientes interesantes pormenores sobre la ren-
dición de Metz:

«Octubre 29.—La capitulación de Metz será aún
por muchos días, y mientras no empiece el bom-
bardeo de París, el pánico acontecimiento de esta
campaña, que no tiene precedentes ni aún en las
victorias del primer Napoleón, que cambiaban la
faz de Europa. En el día 29 capitulan 30,000 aus-
tríacos, y estos dan todavía después grandes bata-
llas, y el mismo Jena es seguido de luchas desespera-
das.»

Ahora, y después de nueve semanas de sitio, ca-
pitulan en Metz 173,000 hombres, entre ellos tres
mariscales de Francia y 6,000 oficiales, con un ma-
terial de guerra tan poderoso que él solo bastaría
para tomar á París y conquistar la Francia.

Antes de bosquejar la negociación que precede á
este suceso inaudito, he aquí las condiciones verda-
deras para el público de la rendición.

Primera, todos los fuertes y armas serán entrega-
dos á los prusianos. Segunda, todos los oficiales se-
rán libres bajo palabra, no pudiendo luchar en esta
guerra contra Alemania. Los demás serán prisione-
ros de guerra.

Aun cuando de la cifra de 173,000 hombres haya
que rebajar 20,000 enfermos y heridos, toda la Guar-
dia nacional de Metz, en la que Bazaine había hecho
alistar á todos los habitantes desde 20 á 30 años y
las bajas naturales en la guerra, siempre resultarían
140,000 hombres, entre ellos 25,000 de la
Guardia imperial, y las tropas más magníficas, que
muchas habían hecho las gloriosas campañas de Ita-
lia y Crimea.

¿Cómo se han rendido estas fuerzas? Está demo-
strado que faltaban alimentos; pero esto no impedia
una salida desesperada y que les llevase hasta las fron-
teras neutrales del Luxemburgo. Ciento treinta mil
hombres que quieren abrirse paso ó morir cuando
los sitiadores no excedían mucho de 150,000, en-
cuentran siempre medio de romper una línea tan
extensa como era la de Metz. Es preciso admitir que
así como los vivos debían faltar también las mu-
niciones, y que no existía buen acuerdo, ni entre
todos los elementos que combatían dentro de Metz,
ni entre Bazaine y el Gobierno de la defensa nacio-
nal.

Dije á Vds. que desde Sedan comenzaron las ne-
gociaciones entre Bazaine y el cuartel general ale-
mán. La primera propuesta de capitulación se refe-
ría solo al ejército de Bazaine, pues el general Coffi-
nieres, que mandaba en la plaza de Metz, quería pre-
servar su libertad de acción.

A principios de Octubre, habiendo fracasado las
negociaciones para la paz, la situación se hizo ya
crítica y mediaron importantes comunicaciones entre
la municipalidad de Metz y los generales fran-
ceses.

Ya el día 15 el general Coffinieres se dirige al
ayuntamiento dándole gracias por sus sentimientos
patrióticos, pues el pueblo había ofrecido tomar parte
todo él en la defensa de las fortalezas, asegurán-
dole que haría cuanto humanamente fuese posible.
Pero, añadió, para llegar á este resultado se necesi-
ta la reflexión que conviene á hombres enérgicos,
conservar una estrecha unión, y sobre todo, decia,
abstenerse de politiquería, porque la política tiene
una influencia disolvente y fatal.

Existe hoy, añadió, un Gobierno de hecho en Fran-
cia que se llama de la defensa nacional, y es preciso
reconocerlos como Gobierno mientras esperamos las
resoluciones que tome el Parlamento llamado á
constituir el país. Entretanto, que nuestro grito de
unión sea el de viva la Francia!

Me decís, señor alcalde, que los habitantes de
Metz han sabido con dolorosa sorpresa que vuestros
recursos en víveres eran limitadísimos. Debía pre-
verse al ver que la plaza de Metz ha tenido que man-
tener durante dos meses de sitio una población ci-
vil y militar de 230,000 hombres. Por esto se han
reducido las raciones del ejército y tomado cuantas
medidas exigía la carencia de alimentos. Es inútil
hoy recurrir sobre lo pasado. Veamos con valor
la situación tal como es, y suframos las consecuen-
cias con energía para sacar de ella el mejor partido
posible.

Después de estas comunicaciones se adoptaron
medidas rigurosas en extremo. Los panaderos em-
pezaron á mezclar con la harina de trigo toda clase
de semillas, y todo el mundo se puso á media ración.
Ya antes los combates de la primera quincena de
Octubre, aunque costosos para sitiados y sitiadores,

habían demostrado que era difícil romper el cerco
de hierro que aprisionaba á Metz. Entretanto, la
emperatriz había fracasado con su negativa en Lón-
dres la negociación para que Bazaine con su ejér-
cito marchase al centro de Francia á condición de
firmar ella como regente y él como general del ejér-
cito la paz sobre la base de la cesión del territorio.
La prensa inglesa, que censura mucho ahora el que
la emperatriz y antes el emperador no pusieran térmi-
no á la guerra cuando Prusia solo pedía Stras-
burgo con 250,000 habitantes de la Alsacia, 2,000
millones de indemnización de guerra y el desarme
de Metz, condiciones que en efecto nada tenían de
exageradas, no toma en cuenta la situación imposi-
ble que á la Francia y al imperio creó la fatal revo-
lución de 4 de Setiembre y la actitud delirante del
pueblo de París.

Sea de esto lo que quiera, sea que obrase ante una
necesidad imperiosa ó por un tácil acuerdo con
Bazaine, el general Coffinieres informó á Bazaine el
día 20 que no podía suministrarle ya más provisio-
nes para su ejército, necesitando las pocas que que-
daban para alimentar durante algunas semanas á la
guarnición de la fortaleza. Entonces el general en
jefe mandó cesase toda lucha entre los centinelas y
avanzadas, y para salvar la plaza disolvió su ejér-
cito, que sus tropas marchasen como pesándose
al enemigo en grupos de 40 á 20. Pero cuando los
alemanes se aprehendieron de esto empezaron á re-
chazar á los hambrientos fugitivos.

En la noche del 24, el ejército del príncipe Fed-
rico Carlos tuvo por sus espías aviso de que los
franceses iban á hacer la noche siguiente una irrup-
ción en masa contra Gravelotte. Si lograsen forzar
las líneas, se verían libres, y si no se entregarían
prisioneros de guerra, salvando con su captura, del
hambre á la primitiva guarnición de Metz. Ya antes
el príncipe se había negado á recibir prisionero el
ejército de Bazaine sin la entrega de la plaza.

«Todo se preparó en el campo sitiador para recha-
zar al enemigo, y no hacer prisioneros, sino obliga-
ndo á los sitiados á volver á sus atrinchera-
mientos. El general prusiano, por un sentimiento de hu-
manidad, puso esto en noticia de los mariscales de
Francia.»

Al fin el mismo 25, Bazaine convenció á Coffi-
nieres que la resistencia de Metz durante pocas se-
manas no valía el sacrificio de ver morir de ham-
bre 20,000 heridos y enfermos, y 130,000 soldados
que carecían de bastantes municiones para una lar-
ga marcha hasta la frontera, y por la tarde se en-
vió al príncipe Federico Carlos un parlamento anun-
ciando la resolución de capitular. El general Bo-
yer, que en ocho días había pasado con los ojos
vendados dos veces por los atrincheros alemanes,
fue primero portador del anuncio. El ejér-
cito alemán, pronto para la pelea, se retiró á sus cuar-
teles.

«Las dos, el antiguo general Changarnier, que
apartado del imperio y su proscrito, alzó el grito
de la Francia cuando las primeras catástrofes de
Agosto, y desde entonces no había salido de Metz,
fué el encargado de esta penosa negociación, que
Bazaine no quiso ejecutar por sí mismo, ni por los
mariscales Canrobert ó Lebouf. Las conferencias
tuvieron lugar en el castillo de Frascati, á tres mi-
llas de Metz. El general Sticks y el coronel de
Estado mayor Herxum, eran los plenipotenciarios
prusianos. Hasta las siete de la tarde duró la confe-
rencia sin resultado definitivo, pues el príncipe Fe-
derico Carlos exigía condiciones tan duras como las
de Sedan.»

Aquella noche se telegrafió, sin embargo, á Ver-
salles, y el rey Guillermo, de acuerdo con Moltke
y Bismark, atenuó algunas de las estipulaciones pú-
blicas, y según informes fidedignos, introdujo algu-
na condición secreta pactada antes con Bazaine, y
que tiene íntimo enlace con la situación interior de
la Francia.

Al día siguiente la rendición tuvo lugar, y en el
acto el segundo cuerpo de ejército emprendió su
marcha con dirección á París, quedando la land-
wehr en Metz y en el Mosela. El príncipe vencedor
en Sadow y Gravelotte, está impaciente por tomar
parte en la rendición de París.

Los alemanes tenían tan creída la rendición de
Metz, que para alimentar el inmenso ejército de Ba-
zaine, había aglomerado ya comestibles en todos los
pueblos inmediatos, y preparado las plazas del Rhin
para el alojamiento de tantos millares de prisione-
ros.

En Berlín el júbilo ha sido inmenso, pues detrás
de Metz se ve la rendición de París y se empieza á
vislumbrar el próximo fin de esta guerra desastrosa.
Según un estado oficial, los alemanes tienen hoy día
en Francia la suma enorme de 350,000 combatien-
tes, de los cuales 740,000 pertenecen á la Confede-
ración del Norte.»

Leemos en un periódico:
«La relación ya oficial del bombardeo de Stras-
burgo demuestra que de 5,450 casas que componían
la ciudad y arrabales, 443 han sido enteramente
destruidas y 2,500 muy maltratadas. La pérdida de
las casas arruinadas se estima en 16 millones de
francos y en más de 30 millones los demás edificios
arruinados. El daño general que la guerra ha cau-
sado ya en Francia excede de 4,000 millones de
francos, y no bajará de otros 2,000 millones la in-
demnización de guerra.»

En cuanto al ejército que empezó la guerra, todo
ha perecido ó está prisionero de guerra. Hace una
semana había prisioneros en Alemania 123,700 hom-
bres y 3,577 oficiales. Los heridos prisioneros en
los hospitales franceses de puntos que ocupen los
ejércitos alemanes pasan de 30,000. A esta cifra ji-
gantesca ha venido á unirse otra cifra igual con la
captividad de Metz, escediendo mucho de 300,000
hombres los prisioneros de la Francia. Desde los
tiempos de Atila nunca se ha visto nada semejante;
ni aun después de la retirada de Rusia cayeron ca-
tástrofes parecidas sobre la infeliz Francia.

Cada batalla, combate ó sitio, ha contribuido con
su contingente á esta hecatombe. En Wissemburgo
ya cayeron 1,000 prisioneros; Wertz dió 6,000 y
2,500 Forbach; en Haguenau 2,000; otra cifra igual
en Vionville; 3,000 en Gravelotte; 2,856 en Beaum-
mont; 35,430 en Sedan; 2,080 en Toul; 2,240 en
Lyon; 15,347 en Strasburgo, y los 150,000 ahora de
Metz.»

El Telegrafo autógrafa asegura que entre los si-
tiadores de París había numerosas víctimas el tifus
y la viruela negra; y que había repartidos entre los
pueblos algunos millares de enfermos. También en
las ciudades alemanas causaba estragos el tifus.

Dice un periódico de Marsella:

«El gobierno republicano no subsiste sino á con-
dición de satisfacer constantemente á la opinión pu-
blica.»

Blica, y la opinión pública tiene por órganos, primeramente los clubs y después la prensa.

Según *El Telégrafo autógrafa* Mr. de Girardin ha sido objeto en Burdeos de una manifestación nada agradable.

Un periódico de Tours dice que las últimas noticias de Marsella no son muy tranquilizadoras: continúan los marseleses prescindiendo por completo del Gobierno central, y considerándose tan independientes, que legislan sobre diferentes puntos, por más que sea tal su amor á la independencia, que ni aun ellos mismos obedezcan las leyes que hagan.

Noticias tomadas de varios periódicos:

«Las últimas noticias de París llegadas á Tours por el globo-correo, dicen que en las clases menos acomodadas de la sociedad que no habían podido hacer provisiones previas, empezaba á sentirse la escasez de estas.

—El tífus se ha presentado muy fuerte en varias ciudades de Alemania, donde ha sido llevado por las tropas.

—En Tolon ha ocurrido una explosión en la fábrica de cartuchos que ha ocasionado bastantes víctimas.

—El rumor que estos días corrió por París de que el general Trochu iba á salir de dicha capital en globo para ponerse al frente de las fuerzas que habían de ir en auxilio de París, ha sido desmentido oficialmente por aquel general.

—Dicen de Tours con referencia á noticias de buen origen, que los efectos de comercio, cuyo vencimiento se había aplazado hasta el 15 de Noviembre, se prorrogan nuevamente por dos meses.

—En Tours se asegura que la Inglaterra está decidida á manifestar á los beligerantes, aunque estos no se lo pregunten, su opinión sobre la cesión de territorio por parte de la Francia.

—Las últimas noticias de Normandía no son ni favorables ni adversas. La invasión ni adelanta ni pierde terreno. Así lo dicen de Tours.

—La *Gaceta de Colombia* se ha suspendido á consecuencia de haber incidido en sus columnas el número de víctimas ocasionadas por el tífus y la viruela negra en los ejércitos elementales.

—Antes de la capitulación de Metz publicó el *Times* un despacho de la agencia *Reuter*, diciendo, con referencia á un periódico de Berín, que las negociaciones entabladas por el mariscal Bazaine, no solo no se hacían en nombre del Gobierno de la defensa nacional, sino que para nada lo reconocen.

—Ponson du Terrail, el novelista, de quien se había dicho que había muerto, continúa en Tours, ocupándose de la formación de un batallón de francotiradores.

—Dicen de París que el cuerpo diplomático y consular residente en aquella capital, están de acuerdo para salir de la misma con su personal y sus archivos en el caso posible de un bombardeo.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 3 DE NOVIEMBRE DE 1870.

EL LIBERALISMO Y LA PROPIEDAD.

Pocos días hace decía un periódico satírico, que suele decir cosas buenas con mucha gracia, que se alegraba cada vez que veía á los revolucionarios faltar á la moral y pisotear la Constitución por ellos formados, porque de esta manera los pueblos se desengañarían de las esperanzas y promesas liberales.

Más común que hallar á personas que se alegran de los desastres públicos, que como lluvia caen sobre nuestra patria, es encontrar personas que se sorprenden y abaten á cada nueva atrocidad revolucionaria de que son víctimas ó cuya noticia llega á sus oídos.

Nosotros no nos alegramos ni sorprendemos. Sufrimos resignadamente el castigo que la justicia de Dios nos impone, pero sintiendo en lo íntimo de nuestra alma que el castigo sea necesario. Y no nos sorprenden los males presentes ni nos sorprenden los que para días próximos nos amenazan, porque el castigo debe crecer á medida que aumenta el pecado, y este será mayor cada día mientras impere sobre las ideas y sean regla de las costumbres los principios revolucionarios.

Las faltas individuales nacidas de flaqueza del corazón ó del calor momentáneo de las pasiones, fácilmente se contienen y enmiendan: las faltas que nacen de la inteligencia, de principios falsos que en ella dominan, ni siquiera dan esperanza de enmienda hasta que manifestándose el error de los principios sean estos abandonados.

El liberalismo no es solamente pasión; es error, falsedad, mentira.

La ambición de mando, el deseo de vanagloria y la concupiscencia de la carne tienen indudablemente una parte principal en la marcha social de los tiempos presentes, que ofende á Dios y mortifica á los hombres; pero esas pasiones serían pasajeras, morirían ahogadas bajo el peso de un pronto desengaño si muchas inteligencias no estuviesen dañadas por el virus de la mentira liberal. Hay grande error en atribuir á la ambición de fulano ó á la impiedad de mengano las disposiciones y actos censurables. Llevamos ya muchos años de liberalismo, y han pasado por las esferas del Gobierno demasiados personajes, para achacarles á ellos solos los males de la patria. Cuando mudándose las personas la mala obra continúa, prueba es de que hay un plan, un principio que no perece, y del cual las personas no son más que simples operarios.

Las pasiones de los generales y de los políticos son agentes y auxiliares del liberalismo; son, si se quiere, hijas perversas de un padre maldito, á quien eficazmente ayudan á llevar adelante un proyecto inicuo: son la causa inmediata de nuestra decadencia y demás desgracias, pero causa dependiente y movida por otra superior y eficiente, que es la doctrina liberal.

Para demostrar y hacer más comprensible nuestra idea, vamos á concretarla á un solo orden de hechos, á los que se refieren á la propiedad.

La moral católica reconociendo que sobre la voluntad y conveniencia de los hombres está la vo-

luntad de Dios, la ley moral, la justicia eterna, pone toda propiedad legítima á seguro contra los gobernantes y los súbditos. El rey más poderoso y absoluto se guardaría bien siendo católico de atacar la propiedad del más humilde y pobre de sus vasallos, porque sabía que «la cosa donde quiera que esté clama siempre á su dueño», según el axioma moral de las escuelas católicas; y si tal vez cegado por el orgullo se propusiese á lo que no le fuese lícito, no le faltaría un ministro de Dios que, como Natán, le pidiese cuenta de la oveja robada ó le recordase la muerte desastrosa de aquella reina que en tiempos antiguos se atrevió á apoderarse del campo de Nabot.

El liberalismo ha sustituido á Dios con el Estado; á la ley moral con el voto de la muchedumbre más ó menos cándida é ignorante; á la justicia con la conveniencia. Según el liberalismo, la soberanía reside esencialmente en la nación, cuyo representante es el Gobierno, y como cada uno es libre de hacer de su capa un sayo, así los Gobiernos liberales, como representantes y apoderados de la nación sobre la cual no hay superior, están, según sus doctrinas, legítima y justamente autorizados para cambiar los títulos y la manera de ser de la propiedad.

Propiedad individual y soberanía nacional son dos ideas contradictorias que no se avienen á estar juntas, son dos términos antitéticos, de los cuales el uno ha de desaparecer para que el otro permanezca. Si hay propiedad individual, la soberanía de la nación no es absoluta ni independiente, sino limitada y dependiente de quien le impuso esa ley que no le es lícito traspasar: si la soberanía reside esencial y absolutamente en la nación, los individuos deben someterse también absolutamente, y renunciar á sus propiedades como renuncian á su voto cuando es contrario al de la mayoría.

Este discurso es duro; sin embargo, es lógico y la consecuencia verdadera. Si mañana la soberanía nacional, representada por el Gobierno ó por las Cortes (que para nuestro caso es lo mismo), quisiera abolir del todo la propiedad individual y establecer el comunismo, ¿en virtud de qué derecho podrían resistirse los particulares? ¿De la ley de Dios? No hay Dios para el liberalismo: una nación ó entidad esencialmente soberana y á nadie sometida no reconoce á Dios, á quien no se puede reconocer sin proclamarle soberano. ¿En virtud de las leyes? El liberalismo responderá que *ejus est tollere cuius est condere*, no habiendo otra ley que la última votada por la mayoría. Así, para librarse de una expropiación general no habría más medio que la fuerza, es decir, la anarquía hasta la destrucción de uno de los dos bandos, ó negar el principio liberal, volviendo á abrazar la doctrina católica.

El liberalismo ha procedido y procede con diabólica cautela para no provocar un movimiento de fuerza al que no podría resistir, y para apartar cada vez más la sociedad de la Iglesia. Desgraciadamente va logrando su objeto, debilitando la fe religiosa y la energía social, que son las dos fuerzas que debe temer.

Primero atacó la propiedad de algunos conventos, alegando pretextos que satisficieron á los hombres pusilánimes, á los egoístas y á todos los interesados en manifestarse satisfechos. Aquellos conventos poseían con títulos iguales á los de cualquier otro propietario, pero... no llegaban á doce sus moradores. La revolución dijo, «por qué ha de haber conventos con menos de doce religiosos? Y los prudentes respondieron: «es verdad», y dejaron que se rompiera el principio que servía de lazo á la propiedad, reconociendo en el Estado la facultad de alterarla.

Admitida la nueva doctrina, los directores del liberalismo se contuvieron para dar lugar á que germinase la mala semilla arrojada en el campo social; no se contuvieron por respeto á algún principio, sino por su propia conveniencia.

Después dijeron: «¿A qué tantos conventos? Y suprimieron la mitad, apoderándose siempre de sus bienes.

El pueblo calló, y progresando el liberalismo en su camino, añadió al poco tiempo: «fuera todos los conventos». Tanto derecho tenía para suprimirlos todos como había tenido para suprimir parte.

El pueblo calló también, y el liberalismo se atrevió á ejercer su autoridad contra todos los bienes de la Iglesia.

¿Por qué atacó á esta primero y especialmente? Porque en ella no tenía hallar resistencia; no fue porque careciese de derecho para atacar la propiedad de los seglares, puesto que los títulos de posesión de aquella eran iguales á los de estos. Los seglares callaron, murmurando solamente ciertas palabras de *manos muertas, desamortización*, etc.

Mas los principios una vez sentados, arrojan sus consecuencias como la fuente arroja el agua de su seno; la voluntad humana es menos poderosa para detenerlas que la lógica para deducirlas.

El liberalismo había logrado con el despojo de la Iglesia lo más difícil de su empresa, que era hacer admitir la soberanía humana incompatible con la soberanía de Dios, abrir ancha brecha en el muro que defendía la propiedad y debilitar profundamente la resistencia.

Desde entonces pudo ya atacar á la propiedad laica. Apoderóse de los bienes de instrucción pública; los pueblos callaron. Despojó á la beneficencia de los legados hechos en su favor por personas caritativas, y los pueblos susurraron débiles protestas; pero los ricos más ó menos liberales, que no temían ir al hospital dejen hacer. Los bienes propios de los pueblos fueron declarados bienes del Estado; los pueblos á quienes se irrogaba directamente perjuicio, se quejaron, más fué en vano; los demás miraron el despojo con una impasibilidad espantosa.

Cuando vino el último motín revolucionario, so-

lo quedaban algunas migajas del cuantioso patrimonio de la Iglesia, de la beneficencia y de los pueblos, y ya hemos visto con qué avidez se apoderó la revolución de estos residuos. ¿Con qué derecho? Con el del más fuerte; pero luego fué sancionado el hecho por la soberanía nacional. Este nuevo Dios aprobó cuanto se le propuso, y convirtió en leyes los decretos ministeriales.

¿Quedaba segura la propiedad que dichos decretos respetaban? Algunos cándidos lo creyeron. ¡Craso error! Subsistiendo el principio no podía menos de producir consecuencias, y Madrid, tardía y apocadamente escandalizado, ha visto arrojar de su casa á las Salesas contra los mismos decretos y leyes de la revolución. Pronto el poder legislativo, producto del sufragio universal, sancionará, si es menester el decreto del regente.

Esta ha sido la última consecuencia. Si la sociedad continúa respetando el principio de la soberanía nacional, la revolución, en uso de su derecho, seguirá su obra de destrucción hasta llegar al comunismo ó á la anarquía social.

Las monjas Teresas fueron llevadas á las Salesas: las Salesas han sido llevadas á las Descalzas: las Descalzas serán llevadas no sabemos á donde; caerán uno tras otro los conventos, se venderán los patios de las casas de caridad, y acaso los cementerios. ¿Y después? Después la revolución acudirá á donde pueda hallar mayor botín y menos resistencia; tal es su naturaleza, ¿por qué no había de usar de los derechos que se le reconocen?

No hay remedio. O renegar de los principios liberales, volviendo á los católicos, ó resignarse á sufrir todas las consecuencias de un error tan funesto y fundamental.

Por eso no nos sorprende nada de lo que sucede. Lo extraño sería que habiendo liberalismo se salvaran la propiedad, la libertad y las demás derechos otorgados al hombre por Dios, y el orden con que es necesario usar de ellos.

Pasarán Prim y Figuerola, Ruiz Zorrilla y Montero Rios; pero vendrán otros, que siendo revolucionarios, irán progresando hasta llegar al comunismo. Que no lo olviden los ricos.

Los periódicos ministeriales continúan hablando de la candidatura del duque de Aosta con una moderación que revela el poco entusiasmo que les inspira el último proyecto de solución ideado por D. Juan Prim.

El *Puente de Alcolea*, que dedica un artículo de fondo á tratar de las *Cuestiones ultramarinas*, se ocupa en un párrafo largo en combatir á *El Universal*, que ha tenido el atrevimiento de decir que el *Puente se apareja ya para navegar en las aguas Austrias*. «¿Yá dice *El Puente de Alcolea*. ¿Pues acaso hemos combatido nosotros á ninguno de los candidatos que se han presentado?»

Tiene razón *El Puente*; tiempos atrás publicó correspondencias de París ensalzando á D. Carlos. *El Universal*, aunque no de manga tan ancha como *El Puente*, aprueba lo que en materia de candidatos propone el Gobierno, pero por esta vez le hace con tanta frialdad, que no habla del asunto sino para hacerse cargo de la actitud de los demás periódicos.

El *Eco del Progreso* y *La Independencia Española*, diarios esparteristas, combaten energicamente la candidatura de Aosta, y recuerdan á los treinta y ocho diputados que firmaron un acta en favor de la candidatura del veterano de Logroño, el solemne compromiso que contrajeron, y al cual no pueden faltar por honra y por conciencia.

La *Nación*, que es uno de los periódicos que con más calor defienden la nueva candidatura, combate á los diarios esparteristas porque no son astutos.

La *Iberia* no hay para qué decir que es astuta, pero á través de sus tibias apologías de la nueva candidatura, se descubre cierto recelo de que esta tropiece con serias dificultades.

Los diarios federales, aun los que pasan por más templados, han salido de quicio con la candidatura de Aosta.

La *República Ibérica* cree que esa candidatura es la provocación á la guerra civil y el principio de una época dolorosa de convulsiones, de motines, de alarmas, de desolación y de luto.

«El país, dice, rechazará al extranjero; el país le rechazará energicamente y su protesta viva irá á todos los terrenos; de la manifestación pacífica pasará á la resistencia armada; y si es vencido por la fuerza bruta vendida al extranjero, conspirará sin descanso, y se levantará nuevamente, y—vencedor ó vencido,—no cesará en la lucha hasta que arroje del sagrado suelo en que reposan las cenizas de Padilla, al rey extranjero, ó hasta que aniquilado por completo, perdidas sus fuerzas, sin sangre que deramar, sin fortuna que sacrificar, sucumba á la perfidia de los que mintiendo patriotismo, se atrevieron un día y aun se atreven hoy á llamarse sus libertadores.»

En otro lugar publica *La República Ibérica* el siguiente suelo:

«Podrá la mayoría de las Cortes tener rey; pero el país ni le tiene ni le tendrá, y menos extranjero; y ¡ay del rey que viene á un país que le rechaza!»

Su reinado será efímero y dado á incesantes trastornos.

La *Discusión* publica también como de su propia redacción el precedente suelo. Además en un artículo que dedica á tratar de la candidatura del duque de Aosta, leemos lo que sigue:

«Se dice que le hace ascos la actitud de ciertos partidos, y está muy preocupado con cierta historia de cierto emperador, y que su mujer, la sobrina del Cardenal Merode, le ha manifestado terminantemente que ella no quiere volverse loca, como una emperatriz que quedó viuda en los más floridos años de su vida.»

Y se dice, en fin, que estos progresistas y estos cimbrados han perdido el seso, y que así será Aosta rey de los españoles como ahora llevan monedas de cinco duros.

Y se dice más; se dice que el día menos pensado van á tener estos hombres un serio disgusto.

Los periódicos montpensieristas *Las Novedades*, *El País*, y *La Política*, combaten como es natural la candidatura de Aosta con bastante energía, pero en sus artículos y sueltos se nota la profunda brecha que ha abierto en el montpensierismo la división de los unionistas, de la cual hablamos en otro lugar.

La *Epoca* continúa en la misma actitud que los días anteriores, pero manifestando grandes temores por la gran crisis que está pasando España. El diario conservador liberal, según declara que no quiere oponer obstáculos á una solución cualquiera que no saque de la anarquía en que vivimos, pero entre tanto da sus correspondientes alfilerazos á la nueva candidatura.

Como resumen publicaremos el siguiente cuadro de la actitud de la prensa respecto á la candidatura, que encontramos en *La República Ibérica*:

«Defienden, dice, la candidatura de Aosta: *El Imparcial*, *La Iberia* y *La Nación*. Están á la expectativa ó á veras venir: *El Universal*, *La Revolución*, *El Diario Español* y *La Paz*.

La atacan con toda la debida energía: *La Esperanza*, *La Regeneración*, *El Pensamiento Español*, *La Política*, *El Eco del Progreso*, *La Independencia Española*, *El Tiempo*, *El Eco de España*, *El Voluntario de Cuba*, *La Integridad Nacional*, *La Opinión Nacional*, *Las Novedades*, *El Puente de Alcolea*, *El País*, *La Epoca*, *El Casabel*, *El Anti-injerista*, *La Propaganda*, *La Correspondencia de España*, *La Igualdad*, *La Discusión*, *Gil Blas*, *La República Federal*, *El Combate* y *La República Ibérica*.

Conque ayúdeme Vd. á sentir.»

Los periódicos nacionales y extranjeros hablan ya largamente del conde de Chambord y de su causa, presintiendo que tal vez la actual crisis de Francia termine con la restauración de la dinastía legítima. Muchos indicios hay de que gran parte del pueblo francés vuelve los ojos á Enrique V. Poco después de la catástrofe de Sedan los guardias nacionales bretones le aclamaron en París, uniéndolo su nombre al del general Trochu; y desde que se ha visto el patriotismo de las comarcas legitimistas; desde que se ha hecho patente que en la vieja Francia había una población sana y valerosa apegada á sus gloriosas tradiciones, el pueblo y los políticos han empezado á fijarse en el conde de Chambord, comprendiendo que solo él podría dar á Francia un Gobierno paternal y justo que sanara en lo posible las presentes calamidades, y fuera cerrando poco á poco las profundas llagas abiertas por la revolución.

Esta convicción va generalizándose á medida que se ve la impotencia de la república para hacer algo en favor de Francia. Nadie duda, por el contrario, que la anarquía y confusión que ha traído en pos de sí la proclamación de la república, aumentan espantosamente los males del país vecino hasta el punto de hacerlos incurables por mucho tiempo. El duque de Baden, contestando á una comisión que le felicitaba por los triunfos de las armas alemanas, dijo hace tiempo que era de gran provecho á Francia la permanencia en ella de los ejércitos confederados, los cuales evitaban á esta infeliz nación los horrores de otro noventa y tres. Es probable que sea exacta la apreciación del soberano alemán; y el hecho es que por estas y otras causas, todo el mundo prevé que el fin de la guerra ha de ser el de la república, porque ni Francia ni Europa consentirán su disolución y trastornador dominio.

La restauración del imperio parece tan difícil como el sostenimiento de la república. Ha sido funesto á Francia el reinado de los Bonapartes, y la vergonzosa caída del último, debe dar pocas esperanzas á esa dinastía turbulenta y ambiciosa que siempre ha sido el azote de Francia por las sangrientas guerras á la que ha conducido. Paz es lo que desea el pueblo francés, paz estable y sincera que no podrá obtener si no cambia completamente de política y de régimen.

¿Qué mucho, pues, que en varias comarcas de Francia se haya levantado el pueblo proclamando al conde de Chambord? Los periódicos de estos colores afirman que numerosas partidas han enarbolado la bandera legitimista, y *La Epoca*, con referencia á sus cartas particulares, dice que esas partidas son más considerables de lo que se cree, y empiezan á llamar seriamente la atención del Gobierno republicano. «El desconcierto es tal, añade el periódico liberal conservador, y los republicanos se dan tan buena maña á ayudar á los prusianos, que no extrañamos ver convertida, por despojo, al legitimismo á la población de los campos, ávida de reposo.»

Dejando á un lado la palabra despojo, que nada significa, *La Epoca* viene, no ya á justificar, sino á ensalzar la conducta de los partidarios del conde de Chambord. Vociferan enhorabuena los revolucionarios, acusándolos de facciosos, perturbadores y anti-patrióticos: siempre será una verdad que los legitimistas franceses han trabajado por su patria sin acordarse de su partido, hasta el momento en que la han visto sumida en horrible desconcierto y han creído que solo ellos podían salvarla, pues que los republicanos no hacen más que ayudar á los invasores.

Esto es tristemente cierto: si la república continúa, Francia se arruina; porque es indudable, como antes de ahora hemos dicho, que los republicanos son impotentes para la guerra y para la paz: solo son poderosos para aniquilar á su patria.

Así, nada tendrá de extraño que Europa piense seriamente en poner en el trono francés al conde de Chambord. Cartas que publica *La Epoca* afirman que en los círculos políticos se insiste en que esta es la intención de Rusia y Prusia, y ya hace tiempo que circulan rumores de esta especie. Nosotros nos felicitamos grandemente de que se confirmaran, porque nos duelen las desdichas de la nación vecina, que tan duro castigo está sufriendo por haberse dejado corromper por el liberalismo.

De esperar es que cada día aumenten las probabilidades de triunfo del conde de Chambord. Dícese que en la capitulación de Metz hay estipulaciones secretas que se refieren á la cuestión interior de Francia: pero sea esto cierto ó no lo sea, y sean cuales fueren esas estipulaciones, la verdad es que en Francia y fuera de ella, se generaliza la creencia de que no hay más que dos términos posibles á su crisis política: la legitimidad ó la república; y la república no ha nacido en condiciones de vida, y es odiada por el verdadero pueblo francés.

A pesar de lo poco que se procura en España reunir fondos para socorrer las necesidades del Sumo Pontífice, únicamente despojado de sus Estados por el Gobierno de Víctor Manuel, padre del duque de Aosta, lamentase *La Iberia* de que esos fondos no se invierten en socorro de las poblaciones invadidas por la fiebre amarilla.

«Mal conoce el carácter de la gente nea nuestro apreciable colega, añade el diario ministerial, cuando se permite semejantes excitaciones. Los hombres del jesuitismo entienden la caridad de este modo.»

Muchas veces al leer *La Iberia* nos hemos detenido involuntariamente á pensar cómo pueden decirse al público ciertas cosas seriamente, porque es preciso suponer á un periódico muy obcecado para no creer que se rie de sí mismo al escribir algunos artículos.

A este género de escritos pertenece el párrafo de *La Iberia* á que contestamos.

Ese periódico que tan severamente critica que los católicos dispongan de una parte de su propiedad para socorrer al Padre Santo y no la envíen á Barcelona y Alicante, no tiene una palabra de

reprobación para el ministerio, el cual, por pagar á los empleados de la corte, á los amigos y redactores del diario progresista, deja en la miseria á las clases pasivas de Alicante y Barcelona. No hace muchos días que un periódico de la capital del Principado aseguró que la peste se cebaba con predilección en esos infelices, cuyos haberes, habiendo en rigurosa justicia, se tragan los empleados de Madrid con el beneficio de *La Iberia*.

Tampoco ese periódico ha tenido una palabra de censura para las continuadas fiestas campestres y no campestres, en que los antiguos aduadores del pueblo han tratado y tratan de ahogar el recuerdo de las escenas de miseria y de muerte que sin cesar se suceden en el resto de España, y sobre todo en las poblaciones invadidas por la fiebre.

Tampoco *La Iberia* que critica el uso legítimo que el dueño hace de sus riquezas, ha tenido una palabra de reprobación para los gastos extraordinarios hechos en los palacios del regente y de la presidencia del Consejo de ministros; para esos retretes cuyo coste asciende á la enorme suma de 13,000 duros; para esas pinturas, para esos muebles, para ese decorado, para esos jardines, en que se han empleado y se emplean millones de reales mientras el ayuntamiento de Alicante pide poco menos que limosna, y en Barcelona la miseria acaba por entregar á la peste á los pobres cesantes.

Estos y otros gastos debiera criticar *La Iberia* acostumbrada á criticarlos en tiempos menos críticos que los presentes y en personas de más alta alcurnia que los actuales gobernantes. Pero ya se ve, entonces *La Iberia* estaba en la oposición y no participaba de los festines; y hoy, gracias á la gloriosa, el diario ministerial no solo se sienta á la mesa del presupuesto en lugar preferente, sino que recibe miles de duros por vía de indemnizaciones.

¿Cómo, pues, ha de censurar *La Iberia* hoy lo que tan mal le parecía ayer? ¿Cómo no ha de criticar á los particulares sin razón y sin derecho el que teniendo derecho y razón para criticar al Gobierno sacrifica ambas cosas á su ministerialismo? ¿Pobre *Iberia*! Pocos, mejor que ella, han podido repetir aquellas palabras que pronunció el célebre escudero de D. Quijote al conferirle el gobierno de la famosa isla barataria.

Para probar que en el fondo de la guerra actual hay una lucha entre el protestantismo y el catolicismo, dice *La Epoca* que son muy tirantes las relaciones de Bélgica con Prusia.

Fúndase para ello en que la prensa prusiana, tomando pretexto de las simpatías que las poblaciones belgas habían mostrado á Francia, se esfuerza ahora en excitar contra Bélgica el sentimiento nacional alemán.

Hasta ahora no vemos al protestantismo luchar contra el catolicismo.

Pero sigue diciendo el periódico conservador que los prusianos están quejados del mal recibimiento que tuvieron en Bélgica algunos prisioneros alemanes.

Tampoco aquí se advierte cuestión religiosa ninguna.

Mas sigamos descubriendo el misterio. «Ahí estaban las cosas, cuando pocos días atrás, á consecuencia de ciertos artículos publicados en *El Echo du Parlement*, los hombres previsores advirtieron que todo ese mal humor de Prusia contra Bélgica no es probablemente más que el resultado de una intriga entre M. Frere Orban y M. de Balan, representante diplomático de Prusia en Bruselas.

Estos dos hombres, igualmente animados de odio contra todo lo que lleva el nombre de católico, han tratado de sacar del poder al ministerio actual, que es francamente conservador. Para conseguirlo, tratan de suscitar dificultades exteriores, á fin de conseguir que el rey Leopoldo crea que para las buenas relaciones con Prusia se necesita atacar á los católicos y llamar al poder á M. Frere Orban.

¿Conseguirán su objeto? No lo sabemos, pero es indudable que en el fondo de la situación de Bélgica se divisan puntos negros y peligros. En una carta que publica el *Diario de Barcelona*, se dice que en todo el país hay una consigna dada á los francmasones á fin de conspirar para la caída del ministerio católico. Esto se ve y se descubre aun en los más humildes villorrios.

Ya vamos viendo claro. Hay un liberal, y como liberal, anti-católico, el Sr. Frere Orban, que no puede llevar con calma la derrota que sufrió en las pasadas elecciones, por las cuales perdió el ministerio; y este ambicioso belga que redobla sus esfuerzos contra los católicos que tan gran influencia ejercen hoy en el Gobierno.

Si en esta intriga ha metido al representante de Prusia para hacer creer al rey Leopoldo que echándose en brazos de los liberales consolidará sus buenas relaciones con el rey Guillermo, ya está demostrado, como tres y dos son cinco, que la guerra actual es una guerra del protestantismo contra el catolicismo y que Prusia amenaza á Bélgica.

Este discurso no les parecerá muy lógico á nuestros lectores, pero en cambio tampoco está probada la participación del representante de Prusia en la intriga de los masones, ni consta que Bismark la apruebe. Si así fuera, tanto peor para Prusia, que á pesar del protestantismo de su Gobierno podía captarse las simpatías de los católicos respetando los principios de justicia universal. Pero hasta ahora lo que todo el mundo vea en eso que *La Epoca* dice, es que los liberales belgas, despatchados porque están lejos del presupuesto, apelan á los medios más infames para derribar á los católicos.

De donde se deduce que los liberales de Bélgica son más temibles para los católicos del país que los protestantes alemanes, como en España son más funestos para el catolicismo los liberales que los prusianos ó los ingleses ó los rusos.

En una palabra, es peor el liberalismo que el protestantismo.

Cree *La Epoca* que sería muy curiosa la solicitud de los católicos españoles pidiendo la intervención á favor del Papa al rey de Prusia, protestante, que empezó su obra por anular á Austria, potencia conservadora, que después ha echado por tierra al imperio francés y consentido en que el Papa se le arranque el poder temporal.

La obra de Alemania, continúa el diario liberal, es en lo político una obra esencialmente revolucionaria, y en lo religioso anti-católica. Parece imposible que esto se le escenda al PENSAMIENTO.

¿Y cómo se le escende á *La Epoca* que la obra del jesuitismo austriaco y de la moderna política de Beust, así como la obra del cesarismo francés, eran obras esencialmente revolucionarias y anti-católicas?

Nosotros, al pedir al rey de Prusia que restablezca en su trono á un rey legítimo que es además Pontífice de la Iglesia católica, respetada y favorecida en Prusia y de gran poder en toda la Alemania, no hacemos más que unir nuestra voz á la de trece millones de católicos alemanes, los cuales no han caído tampoco en la cuenta de que

la obra de su país era revolucionaria y anti-católica.

Si nosotros tuviéramos un Gobierno constituido que mereciera alguna confianza a los católicos, a él nos dirigiríamos en demanda de protección para la Santa Sede. A falta de esto solicitamos el apoyo de quien puede prestárnoslo y de quien tal vez por miras políticas esté interesado en ello.

Revolucionario y anti-católico nos pareció siempre Napoleón, y sin embargo aplaudíamos que sostuviese el poder temporal del Papa. Bien revolucionaria y bien anti-católica era la república del 48, y sin embargo mandó las tropas francesas a restablecer en su sitial al mismo Pío IX, que hoy felizmente vive y reina sobre los católicos.

No se maraville, pues, *La Epoca*, de cosas repetidas muchas veces en la historia, y que, Dios mediante, se repetirán para pasmo de los que no creen en la Providencia Divina.

La Independencia Española, periódico espartarista, da cuenta detallada de las razones que ha tenido el general Contreras para hacer dimisión de su cargo de director de caballería.

Oigamos: «El conde de... el honrado y el digno general Contreras ha dimitado su cargo por causas importantes y graves; ha dimitado su cargo porque ni consentiría ni podía consentir nunca lo que se pretendía o quería que se hiciera en el arma de caballería.

Hombre que ha trabajado sin descanso para el triunfo de la revolución, su principal cuidado, su constante deseo ha sido el que creciera con honra y se consolidara de una manera digna, popular y conforme a los principios proclamados por ella, y por eso se pronunció en favor de una gloria nacional para que ocupara el trono democrático creado por la revolución.

Aunque sus consejos no fueran escuchados, siguió en su puesto, siguió prestando algunos servicios a la causa revolucionaria, conservándose como vino a ocuparlo desde la emigración, y saliendo de él sin haber recibido ninguna clase de grados ni de honores.

Sin embargo, y a pesar de cuanto ha ocurrido, *El Imparcial* dice en uno de sus últimos números, que al bazar general se va a conferir un puesto importante, especie lanzada al público, sin duda para conestear el mal efecto que ha causado la salida del general Contreras de la dirección de caballería; pero especie, que ni es cierta, ni puede serlo, atendida la cuestión que tal margen a su dimisión, de modo que haciendo de la noticia de *El Imparcial* el caso que se merece, diremos que tal vez quiera concederse un puesto de Cardenal en Roma, para que descansase de sus fatigas y trabajos.»

Otro periódico añade que el general Contreras ha dicho terminantemente que él, como español, no tendría inconveniente en gritar ¡viva Espartero rey! ¡viva Serrano! ¡viva Prim! pero que nunca pondrá su espada al servicio de un rey extranjero.

Esta rasgo es laudable, siquiera por lo castizo.

Como todos los generales imitasen el españolismo del general Contreras, se nos antoja que con mayoría parlamentaria y todo, el macarrónico Amadeo, como lo llama *La Igualdad*, no llegaría a Madrid, suponiendo que se atreviera a salir de Italia.

Un grito garbancoso nos parece el españolismo que grita viva Espartero, viva Serrano o viva Prim; pero la verdad es que vale más pecar por excesivo amor a los garbanos que a los macarrones.

Por los demás, es digna de llamar la atención pública la actitud hostil del general Contreras, que puede ocasionar algún disgusto al conde de Reus.

A bien que si hemos de creer a *La República Ibérica*, este caballero cuenta ya con la adhesión de los generales Concha para apoyar al duque de Aosta. Uno de ellos, D. Manuel, parece que así se lo ha manifestado por escrito al ministro de la Guerra.

La Iberia publica hoy unas copias detestables burlándose del difunto Padre Claret, Arzobispo de Trajaniópolis, que como saben nuestros lectores acaba de fallecer fuera de su patria en un pueblecito de la nación vecina.

La Iberia, está visto, es por naturaleza refractaria a todo cuanto indique buen gusto.

Viviendo como vive entre diplomáticos, escribe ni más ni menos que cuando solo era leida en tabernas y bodegones.

¡Oh! qué soberbia idea formarán de nuestro país los hombres políticos de las naciones de Europa al ver en los despachos de nuestros representantes a *La Iberia*, órgano del Sr. Sagasta, ministro de Estado de la España con honra!

Hasta ahora los difuntos han sido objeto de respeto y veneración en todos los pueblos cultos y en la mayoría de los salvajes.

Proponemos al Sr. Sagasta que, aprovechándose de la posición que ocupa, haga entender al mundo el error que padece al respetar a los muertos, y que comuniqué al efecto por la vía diplomática a todas las naciones del globo esos incalificables versos que hoy han visto la luz pública en *La Iberia*.

En algo ha de dejarse sentir nuestra revolución fuera de España.

La Política es un periódico excelente cuando combate al ministerio y sobre todo cuando se encara con Prim Pez; pero cuando se pone seria y defiende a su indecible candidato y expone soluciones políticas, no hay quien la reconozca. Por todas partes descubre esa falta lamentable de lógica que distingue a la funesta escuela doctrinaria.

Anoche escribe un artículo grave y resado para tratar de la candidatura del duque de Aosta.

¿Y qué dice en resumidas cuentas el periódico intransigente, el que por la claridad con que solía ver los males de la patria, ya que no la causa eficiente de todos ellos, daba derecho a esperar de su ingenio y de su carácter un arranque vigoroso que estrechese a la Tertulia progresista, hasta en sus comienzos, y oblige al general Prim a vestirse aquel uniforme tan bonito que debió usar en Alcolea, y que no usó por falta de ocasión?

Nada: dice que el duque de Montpensier es el mejor candidato posible; pero que si las Cortes votan a Amadeo, y Amadeo viene, no a ser rey de Prim, sino de todos los españoles, aprehendáremos con él.

No teme *La Política* que por ahí juzgen los muchos que será aceptable para la unión liberal el duque de Aosta con tal de que reparta sus favores con entera imparcialidad entre los liberales del país, y no haya privilegios para un solo partido.

Ya decíamos nosotros que la fracción anti-internista con sus manifestos y sus comités tendría que caer en sus propias redes. Querán que no, los anti-internistas tienen que apoyar a Amadeo, o borrar todo lo que han escrito en estos últimos tiempos.

El artículo de *La Política* termina con este resumen:

«Resumamos. Nosotros somos revolucionarios, liberales, conservadores, montpensieristas y anti-internistas, porque somos monárquicos. Venga, pues, la monarquía; salga, pues, la monarquía de la gravísima crisis que la revolución atraviesa. ¿Qué importa que no la produzcan tal y como nosotros la deseamos? Será la monarquía? Pues entonces no será la revolución impotente, la regencia atónica, Prim inamovible, la miseria y la desconfianza universales. Venga la monarquía, porque estamos seguros de que a los tres meses de haber venido, o estará contra esto, o se habrá ido con esto.»

Ellos son revolucionarios, liberales, conservadores, montpensieristas y anti-internistas, porque son monárquicos.

Perdonad, no sois ni revolucionarios, ni conservadores, ni montpensieristas ni monárquicos. Sois todo y nada, es decir, no sois nada porque queréis serlo todo.

Sois revolucionarios cuando os molesta el orden y os aleja el poder; sois conservadores cuando la revolución os arrastra y os desprecia; sois montpensieristas, mientras no viene otro rey; sois monárquicos, y derrocaís el trono que os dió vida.

Perdonad, señores unionistas; vosotros no sois nada... ó sois lo peor de la escuela liberal.

Y es lástima, porque a muchos de vosotros no os faltan condiciones para haber sido algo útil y honroso en este país de las desdichas.

«Pues no tiene valor *La Iberia* para censurar a *La Igualdad* por haber dicho este periódico que con la llegada de la nueva corte los únicos que pierden son los buhos!

Aprenda *La Iberia* a tratar a los demás como merecen ser tratados, déjese de insultar groseramente a los muertos, conteste razones y no insulte a los que con ella discuten, y entonces tendrá derecho a criticar el lenguaje de los otros periódicos. Pero interin que *La Iberia* no se enmiende; interin en el mismo número en que extraña el lenguaje de *La Igualdad* aventaje en insultos al diario republicano, sus críticas producen el efecto contrario que *La Iberia* se propone, porque caen directamente sobre ella y se condena a sí misma.

Por más que estemos prevenidos para oír que tal o cual iglesia ó convento va a ser sacrificado a la voracidad revolucionaria, confesamos ingenuamente que nuestra sangre quiere salir de las venas, que nuestra honradez se exalta al llegar a nuestros oídos nada más que rumores sobre nuevos despojos proyectados por el Gobierno.

Háblase de la iglesia de las Calatravas, de la cual, según *La Integridad Nacional*, necesita para levantar un palacio un capitalista afortunado; háblase de las magníficas iglesias de San José y de San Luis; háblase del convento de las Góngoras, como sentenciado a desaparecer más ó menos pronto a los golpes de la piqueta revolucionaria, de esa piqueta que tantos soberbios monumentos va echando por tierra desde que impera el liberalismo en España. Nosotros no sabemos lo que haya de verdad en esos rumores, pero *La Integridad Nacional* y *La Regeneración* los reproducen, y debemos suponer que sus motivos tendrán para ello.

Y sin embargo, nosotros que ninguna confianza abrigamos en la revolución, no podemos convenirnos de que esos planes existan, y menos de que se lleven a cabo. Sería el colmo de la imprudencia enseñarse en agrandar de esta suerte la llama ya profunda que en el sentimiento católico del país ha hecho la impiedad revolucionaria; rayaría en temeridad por parte de la revolución el burlarse hasta tal punto de la religión que profesan los españoles; porque si estos nada ó muy poco han hecho hasta hoy en defensa del Catolicismo, los revolucionarios no ignoran que un vaso de agua no se sobra mientras no recibe la gota que obliga al líquido a desbordarse.

No decimos que estos atentados serán ó dejarán de ser la gota que haga desbordar la copa de sufrimiento; nosotros discurrimos sencillamente acerca de la probabilidad de esos rumores y concediendo alguna previsión a nuestros gobernantes, tenemos que por imposible que los ministros no piensen cuán impolítico es ir siempre contra el torrente de los sentimientos de un pueblo.

Por esta razón, ya que no confiamos en el respeto del Gobierno revolucionario a la justicia, al derecho y a la religión, parecemos que en el caso presente puede salvar las iglesias y conventos amenazados el temor de nuestros gobernantes.

Son muchos y muy fuertes los enemigos que hoy cuenta el ministerio, para que provoque por unos cuantos reales un nuevo conflicto con los católicos.

Un periódico republicano asegura que el Sr. Cánovas del Castillo y su gente patrocinan la candidatura del duque de Aosta.

[Por eso eran afanosos a media asta aquellos apreciables señores!

También dice el mismo diario que algunos ex-ministros moderados y polacos aceptan al macarrónico.

No nos causa la menor extrañeza.

Ya se irá convenciendo doña Isabel II de que el alejamiento del poder es el mayor enemigo de su causa.

Los partidos que no defienden ideas se disuelven cuando la fortuna les vuelve la espalda.

Anoche se verificó en el Senado la reunión de los diputados que el Sr. Ruiz Zorrilla había convocado para tratar de la cuestión monárquica.

El general Prim refirió la larga y penosa historia de los pasos que el Gobierno ha dado para coronar este edificio sin cabeza y sin pies.

Dijo que su conciencia estaba tranquila, a pesar de la guerra franco-prusiana producida por las negociaciones Hohenzollern, porque él deliberadamente nada había hecho para ocasionar semejante conflicto. Y después de otras historias anunció que el príncipe Amadeo de Saboya aceptaba la corona de España.

El brigadier Topete tomó en seguida la palabra para declarar que sus compromisos le ligaban con el duque de Montpensier, y que él no apoyaría otra solución. Hizo indicaciones, recordando el alzamiento de Cádiz, de los compromisos contraídos con el mismo duque por otros personajes, a las cuales D. Juan Prim no contestó, según parece, sino con vanas disculpas, haciendo responsables a sus amigos los progresistas de que Montpensier no fuese presentado.

Esto es lo más importante de lo que anoche aconteció, y por aquí se ve que en la unión liberal hay graves divisiones sobre el candidato, lo cual dará con él en tierra probablemente.

Otro duque de Génova.

Varios de las fracciones políticas de la Cámara han celebrado estos días reuniones para tratar de

la conducta que debían seguir en vista de la presentación de la candidatura del duque de Aosta.

Los espartaristas se han reunido en número de diez y fuera de dos ó tres los demás se han manifestado dispuestos a votar según el deseo del general Prim.

Los republicanos han acordado presentar una proposición contra la candidatura de Aosta; esa proposición será apoyada hoy por el Sr. Castelar puesto que, según *El Imparcial*, el Gobierno está resuelto a consentir que se discuta.

La reunión que ha excitado más interés es la de los unionistas, porque de la actitud de los diputados de este partido depende que la candidatura de Aosta prospere ó se hunda.

Anteayer estuvieron conferenciando los unionistas por espacio de dos horas y media, y desde luego se echó de ver que existe en esa fracción una gran disidencia. Lo más notable de la primera reunión fué el discurso pronunciado por el Sr. Ríos Rosas, el cual resume *La Epoca* en los siguientes términos:

«El Sr. Ríos Rosas rompió el hielo tratando con elevación bajo su punto de vista el nombramiento del duque de Aosta. Este, a su juicio, era el triunfo de la influencia inglesa, como se había temido antes que la francesa impulsara a nuestro país la restauración del príncipe Alfonso; que convertido el duque de Aosta en instrumento de Inglaterra, se nos cerraban los horizontes del porvenir haciéndose imposible la unión ibérica y la reivindicación de Gibraltar; que la casa de Saboya representaba hoy la lucha con el Catolicismo, que es la religión definitiva de la humanidad; y que en España se arrastraría dictatorialmente la monarquía de un hijo de Víctor Manuel. Dijo además, que la revolución tenía otro candidato más lógico, pero que si las Cortes rechazaban a Montpensier y lo que pretendían era crear una nueva interinidad bajo apariencias de monarquía, era preferible la candidatura de Espartero a la de Aosta, porque esta representaría el entronizamiento indefinido de D. Juan Prim, contra el cual la opinión se significaba energicamente. Suprimamos los epítetos que prestan tanta viveza y animación a los discursos del Sr. Ríos Rosas.»

El ser constantes adversarios del Sr. Ríos Rosas no puede cegarnos hasta el punto de no reconocer en algunas de las razones con que combatió la candidatura aostina un rasgo del talento de aquel hombre político, talento ordinariamente perdido para el bien de la patria.

Al Sr. Ríos Rosas contestó el Sr. Ulloa diciéndole que no se le ocultaban los inconvenientes de la nueva candidatura; pero que hoy se encontraba la patria en este dilema: ó traer un rey mejor ó peor ó verse ahogada antes de dos meses por una demagogia más espantosa que la de Lyon y Marsella. Además, dijo que las relaciones de familia entre los soberanos eran de poca importancia en estos tiempos, y que el general Prim podía recordar que los ministros unionistas del Gobierno provisional intervinieron en la autorización dada al presidente del Consejo para buscar rey.

El Sr. Ríos Rosas replicó insistiendo en sus apreciaciones; en la influencia decisiva que el rey tiene, aunque sea constitucional, y en el ningún temor que la demagogia, para la cual corren ya malos vientos en Europa, debe inspirar.

Siendo ya la hora avanzada se suspendió la sesión hasta ayer, pero no sin que se advirtiese que la junta directiva estaba dividida; que los señores Santa Cruz, Silveira, Ulloa y Ayala eran favorables a la candidatura, y resultamente contrarios los Sres. Ríos Rosas, Calderón Collantes, Vega Armijo y Romero Ortiz.

El presidente de la Cámara, Sr. Ruiz Zorrilla, había invitado a una conferencia, que anoche ha debido celebrarse, al Sr. Ríos Rosas.

Los unionistas volvieron a congregarse ayer a la una de la tarde, y duró la sesión hasta la noche. La disidencia entre los prohombres de la unión continuó manifestándose muy honda. El señor Ayala, el antiguo redactor de *El Padre Cobos*, el hombre que por ciertos escrúpulos incomprensibles prefería la candidatura de doña Luisa Fernanda a la de Montpensier, se descolgó ayer con un discurso que llama *La Epoca* grandilocuente en favor de la candidatura de Aosta. El diario conservador liberal dice que para explicar los motivos que pueden inducir a muchos montpensieristas a dar su voto al duque de Aosta, se expresó en estos términos:

«Yo respeto y admiro a una familia augusta que ha hecho inmensos servicios a la revolución, sufrido por ella, y cuyo único porvenir es el ostracismo; pero veo también clavarse la garra de la anarquía sobre nuestro desventurado país, hacer de él presa, prepararse a destruirlo, y por grande que sea mi conmiseración por los infortunios de la familia augusta a que me refiero, no puedo querer ofrecerles como único consuelo el espectáculo de los males terribles que todos deploramos.»

Y continúa *La Epoca*:

«Estas ó parecidas palabras dijo el Sr. Ayala, después que el Sr. Calderón Collantes hubo tratado extensamente la cuestión de legitimidad.

«Dice que el medio conciliatorio propuesto para que la unión liberal no se divida y desaparezca como partido, es que todos se comprometan a votar al duque de Montpensier en el primer escrutinio, y al duque de Aosta todos en el segundo.

«Esto tiene el inconveniente de que en la primera votación los progresistas y demócratas lograrán reunir el número necesario, y sin embargo, el duque de Aosta no creyera prudente aceptar con los votos hostiles de los conservadores.»

En vista del resultado de las sesiones celebradas ayer y anteayer por los unionistas, no es extraño que los diarios montpensieristas a todo trance, se muestren tan cabizbajos y cariacontecidos.

Y de esas mismas reuniones, qué enseñanzas puede sacar el duque de Aosta! ¡Oh! Si piensa un poco en la versatilidad de ciertos políticos, qué porvenir tan oscuro se presentará a su imaginación!

Recordando Amadeo aquellos versos que dedicó al infortunado Maximiliano un amigo suyo, cuando le vio mal parado en Méjico, aconsejándole que volviera a su palacio de Miramar.

Con verdadera sorpresa hemos leído la noticia siguiente en *El Imparcial*:

«Ha sido nombrado obispo de Puerto-Rico el ilustrado sacerdote, director de la academia del Escorial, D. Juan Manuel Zorrilla, primo de nuestro querido amigo el presidente de la Cámara. Parece que el Sr. Zorrilla se resiste a aceptar la alta dignidad de que ha sido investido; pero se espera, y nosotros le celebraremos sinceramente, que ceda a las instancias de sus numerosos amigos.»

Del agraciado por el Gobierno con la mitra de Puerto-Rico, solo podemos decir hoy que es ó era escolapio, y que a la raíz de la revolución fué director al colegio del Escorial, plaza que desempeñaba un fraile exclaustrado de aquel monasterio.

Por lo demás, nosotros no sabíamos que los perseguidores de la Iglesia pensaban en nombramientos de Obispos, hasta que ha venido a sacarnos de nuestra ignorancia la noticia de haber sido nombrado para este altísimo puesto el primo del señor presidente de las Cortes.

Esto hará sospechar a quien nos aventaje en malicia, que los obispos en tiempos de revolución, sirven, cuando menos, para complacer a los amigos del Gobierno.

El Universal, que no está satisfecho ni mucho menos con la nueva candidatura, se duele de que no hayan resuelto las Cortes muchas cuestiones pendientes, y exclama:

«Luego (después de elegido el rey), ¿Quién pensará en librarnos de la burocracia y del verdugo, quien estudiará el aflictivo estado moral y material de las clases trabajadoras?

«Algun día esta interinidad tan combatida será deseada, y entonces encontraremos justicia los que la hemos defendido.»

El Universal es un diario liberal de quien se puede decir algunas veces que sabe dónde le aprieta el zapato.

El Tiempo publica una noticia que no carece de gracia ni de verosimilitud. Dice que se piensa en nombrar al duque de la Torre virey de Cuba cuando venga el de Aosta, con el mismo sueldo de que hoy disfruta, dos milloncetes.

Acabamos de recibir el correo de la Habana con cartas y periódicos en que se describen los dolorosos efectos del espantoso temporal que ha llenado de consternación a los habitantes de Matanzas. En la siguiente carta se nos comunican tristísimas noticias sobre dicha catástrofe:

«HABANA, 12 de Octubre de 1870.—Muy señor mío: Escribo a Vd. bajo la impresión de una catástrofe que ha tenido lugar en la ciudad de Matanzas, a consecuencia del temporal del viernes y sábado 7 y 8 del presente. Ya el viernes a las diez de la mañana se anunciaba el mal tiempo. Yo paseaba por la bahía a la sazón, y conocí por el estado del cielo que se anunciaba mal tiempo. Se declaró el huracán a eso de las siete, y duró hasta las cuatro de la madrugada. En esta ciudad no ha habido que lamentar desgracia alguna; pero no así en Matanzas: amigo mío, la pluma se resiste a describir tamaña calamidad. Hasta ahora se han recogido cuarenta cadáveres, pero dicen haber perecido dos mil.

Dicha ciudad se halla situada al Norte, a veintidos leguas de la capital; se comunica por dos ferro-carriles, uno en el de la bahía, que va por el Norte, y la otra línea del Sur, que se llama de la Habana.

Han desaparecido carros, máquinas, etc.; están aun interrumpidas ambas líneas. Matanzas está situada entre los ríos Yumuri y San Juan, y se comunica por dos magníficos puentes con los barrios de Pueblo Nuevo y Versalles: como es natural, el mar creciente y muy picado no recibía el agua de los dos ríos, y esto hizo inundar la ciudad: la fuerte corriente de ambos ríos arrastraba palmas y árboles, cegando, como era de esperar, los ojos de los puentes, y desbordándose por los barrios donde vive la gente menesterosa de la ciudad. En Güines, población a 12 leguas de la Habana, ha sufrido mucho la torre de la parroquia. El temporal ha sido horroroso, y aun no se tienen noticias del resto de la isla: los postes telegráficos yacen por el suelo, así es que estamos incomunicados con la Vuelta Abajo. Dicese que casi no se ha sentido nada en Cuba; pero en sus cercanías se perdió el vapor francés *Darien*, salvándose pasajeros y correspondencias.

La insurrección sigue en el período que llaman mortífero, pero tan pesada, que a la verdad nos tiene que hacer aburridos; el cólera ha bajado mucho, pero las defunciones aquí son de diez y siete a veintinueve diarios.

He asistido hoy a la suntuosa fiesta del Pilar que los aragoneses dedican anualmente a su patrona, y ha sido lo más solemne que puede Vd. imaginarse; había como 300 personas en la pequeña iglesia de Santa Teresa, y las lágrimas corrían por todos los semblantes, ofreciendo dulce consuelo para la Habana en estos tristes momentos.»

Dice *El Imparcial*:

«Las negociaciones referentes a la candidatura del duque de Aosta se han seguido casi todas por telegrama. El Gobierno se propone llevarlas al Congreso, para que los diputados tengan completo conocimiento de la manera como se ha tratado este asunto.»

Parece que el señor ministro de la Gobernación ha ordenado al gobernador de Cádiz que sean despedidos a lazareto sáucio los buques que arriban a dicho puerto procedentes de Valencia, aun cuando tengan su patente limpia.

Según *El Imparcial*, esta tarde a la una se habrá celebrado Consejo de ministros en la secretaría de la presidencia.

CORREO DE HOY.

La Independencia Belga publica hoy una carta de Roma, que corrobora lo que el otro día dijimos con referencia a la *Liberté*. El periódico revolucionario de Bruselas reconoce que «aunque los italianos están en Roma no está resuelta la cuestión romana» y dice «que los liberales manifiestan inquietudes y recelos sobre las dudas y vacilaciones del Gobierno de Florencia.»

Entre los ministros parece que el Sr. Sella es el único que aboga por la traslación inmediata de la capital: Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros, quiere que ante todo, el Parlamento fije las garantías que se han de dar al Papa, y Lanza está vacilante entre estas dos tendencias. En cuanto al rey, desea retardar lo más posible su entrada en Roma. El diario belga considera posible un cambio ministerial que lleve al poder, con el Sr. Sella, a Rattazzi y al conde de San Martino, partidarios de que la capital se traslade inmediatamente a Roma, suceda lo que suceda.

Los recelos de Visconti-Venosta y de Víctor Manuel se explican por su temor de disgustar a las potencias, si bien el corresponsal de *La Independencia* atribuye al rey escrúpulos religiosos. Los impacientes, por el contrario, quieren que se acabe la obra de usurpación antes que termine la guerra, porque dicen que luego no podrán menos de intervenir la diplomacia en la cuestión de Roma.

La misma correspondencia de *La Independencia Belga* habla, además de la cuestión romana, de la candidatura del duque de Aosta, diciendo que este señor tiene vivísimos deseos de ser rey de España.

Ambos asuntos acumulan grandes dificultades sobre Italia, dificultades que no se le ocultan al Sr. Arton, secretario general del ministerio de Negocios extranjeros, el cual fué secretario particular y amigo íntimo de Cavour. *La Independencia* da al Sr. Arton cualidades de gran político, y alguna razón tiene para este calificativo, si es que ese señor vé siquiera el abismo a donde camina la casa de Saboya queriendo reinar en Roma y en España.

Las dificultades, que según el Sr. Arton esperan a Italia en un porvenir próximo, aumentan con la expedición de Garibaldi a Francia. Cada día salen nuevos voluntarios, habiendo una verdadera

crucada republicana, al decir de *La Independencia*.

El embajador de Prusia en Florencia protesta diariamente contra esta expedición, y el Gobierno contesta únicamente diciendo que esos voluntarios son particulares, que pueden ir donde tengan por conveniente.

A este propósito, nos parece oportuno enumerar las razones que expone una carta de Italia publicada en *The Tablet* de Londres, en apoyo de la opinión de que el rey de Prusia volverá más ó menos pronto por la soberanía del Papa. Estas razones son: que el rey de Prusia se manifiesta enemigo de la revolución; que está disgustado con el Gobierno de Florencia, porque permite la expedición republicana a Francia; que está en su interés combatir la revolución italiana, porque Mazzini y los suyos han jurado establecer la república en Alemania, como en Italia y Francia; que debe atender a los millones de súbditos católicos que le piden protección al Papa, y que se ha portado noble y caballerosamente con Pío IX.

Por todo esto, conjeturar los católicos italianos y alemanes que el poderoso brazo de Prusia contribuirá a destruir la obra de la iniquidad italiana.

Dice *El Telégrafo Autógrafo*:

«Los voluntarios españoles se han distinguido mucho en un encuentro que han tenido con los húngaros, haciendo en esta fuerza un número considerable de prisioneros: parece que nuestros valientes compatriotas han hecho con preferencia uso de arma blanca.»

El mismo periódico da las siguientes noticias:

«Corre el rumor de que no se trata ya del armisticio sino de la paz, propuesta de una manera terminante por las naciones neutrales, y aceptada en vista de las circunstancias que el Gobierno.

Otros aseguran que se va a consultar al país por medio de un plebiscito.»

«En los círculos más radicales se comenta mucho el artículo que publica el *Staatsanzeiger*, alabando la conducta del general Bazaine que se ha sostenido 70 días con 150.000 hombres, cuando no tenía más que tres meses de provisiones para veintemil mil.

«El vicealmirante Fourichon parece que tiene algunas disidencias con sus compañeros, a consecuencia de la proclama que estos dieron al país juzgando tan severamente la conducta del general Bazaine.

«La mayor parte de la prensa se queja de la conducta del Gobierno de la defensa nacional, y dice que la Francia no ha sabido la verdad ni en Reischaffen ni en Sedan, ni en Strasburgo ni en Metz.»

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

Junto al Congreso había esta tarde gran concurrencia de curiosos; las tribunas estaban rebosando de gente; todos los ministros ocupaban el banco azul.

Después de algunos asuntos referentes al despacho ordinario, el Sr. Figuerola leyó un decreto sobre carbones de Barcelona.

El general Prim pidió la palabra, y en medio de la atención general, empezó recordando su último discurso en que refirió las negociaciones seguidas para encontrar candidato al trono. Dijo que los planes que entonces estaban pendientes con otro candidato llegaron a feliz término; pero que no se realizaron, porque de ellos nació una terrible guerra entre dos naciones amigas. Añadió que, pasado el primer período de la guerra en que esta quedó localizada, el Gobierno creyó que debía reanudar sus trabajos para encontrar candidato. Declaró que el duque de Aosta había renunciado una vez la oferta de la corona; pero que lo hizo de una manera tan delicada y honrosa, que el ministerio creyó que aquella puerta quedaba abierta.

Por eso el Gobierno dio las instrucciones necesarias al embajador en Florencia para que reanudara las negociaciones, llevándolas con rapidez. Dijo que estas se habían seguido por telegrama, obteniendo buen resultado, como podían ver los diputados enterándose de los documentos.

Se felicitó de que se acercase el fin de la interinidad, y afirmó que ha trabajado contentamente por salir de ella. Apelo al patriotismo de los diputados monárquicos (*Rumores en la izquierda*) para que acepten no al candidato del Gobierno, sino al que crean digno: diciendo que el Gobierno no tiene candidato, porque solo a las Cortes corresponde designar el que sea de su agrado en uso de su soberanía. Sin embargo, terminó recomendando al duque de Aosta.

El general Prim se sentó, en medio de la más glacial indiferencia de la Cámara y de las tribunas. El Sr. Castelar empezó a explicar un voto de censura al Gobierno por su política interior y exterior.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

Tours, 2 (a las tres de la tarde).—Al recibir en la catedral el Arzobispo de Tours al Nuncio del Papa, pronunció un discurso en el que señaló la misteriosa coincidencia que existe entre las desgracias de Francia y de Roma, expresando la convicción de que el brazo de Francia será el que emplee la Providencia para reponer al Papa en su trono.

Dijo que la Francia no se salvará sino permaneciendo fiel a su vocación, que es mantener los derechos de la Santa Sede, en provecho de la libertad religiosa de los católicos del universo.

La Correspondencia de Tours (de la Agencia Havas) publica el siguiente telegrama:

«BRUSLAS, 1.º de Noviembre.—El Eco del Luxemburgo, periódico que se publica en Arlon, dice:

«Las personas que a consecuencia de la noticia de la capitulación de Metz, se habían acercado a las avanzadas para penetrar en Metz, han sido obligadas a retroceder precipitadamente, a pesar de los salvosconductos que tenían.

